

uno; el bergantin goleta *Trinidad*, que llevaba ciento cuatro; las goletas *Félix*, *Concepcion* y *Ursula*, que conducian la primera ciento veinte soldados, la segunda cincuenta y siete, y la tercera ciento cincuenta y siete; y las lanchas *Campechana*, *Flor de la Mar*, *Veracruzana*, *Obusera* y *Chalchihueca* que llevaban, la primera, cincuenta y cuatro hombres; cincuenta la segunda; treinta la tercera; y número igual la cuarta y la quinta, haciendo un total la fuerza que iba por mar, de mil veintidos hombres, que con la caballería que marchó por tierra, ascendia á dos mil hombres. (1)

El dia 4 de Agosto salió Santa-Anna con sus tropas de Veracruz para batir á los españoles que tenian ya encima las fuerzas puestas en movimiento por el comandante general de los Estados internos de Oriente D. Felipe de la Garza. Si el capitán general de la isla de Cuba Don Francisco Dionisio Vives, en su ilusoria creencia de que el país se apresuraria á unirse á España, no hubiera hecho volver inmediatamente á la Habana la escuadra, es claro que Laborde habria impedido el paso á la flotilla en que iba Santa-Anna; pero él, lo mismo que Barradas, estaban muy lejos de pensar que la empresa acometida encontraria obstáculos, y mientras el primero dejaba sin un buque á los soldados, para el caso de una desgracia, el se-

(1) Don Lorenzo Zavala que era entonces ministro de hacienda, da esta fuerza á Santa-Anna, en su obra «Ensayo histórico;» pero el escritor D. Juan Suarez Navarro, dice que se componia de mil setenta y cuatro hombres. El lector verá si le merece mas concepto el primero, que era ministro del gobierno ó el segundo.

gundo les colocaba en los cuarteles, esperando tranquilo y confiado, con el candor de un niño, que el país se pronunciara por Fernando VII.

1829. Entre tanto, no solo el general Don Felipe de la Garza y D. Antonio López de Santa-Anna acudieron con sus tropas al lugar del peligro, sino que todos los Estados, entre ellos el de Zacatecas, San Luis Potosí y Méjico, se apresuraron á hacer lo mismo. De suerte que los que habian soñado en la adhesion de los hijos del país hácia la causa española, se encontraron, de repente, cercados de enemigos, faltos de recursos, enfermos y sin punto de retirada.

En el momento en que el gobierno recibió noticias oficiales del desembarco de los españoles, el congreso autorizó al presidente de la república mejicana Don Vicente Guerrero, para que tomase cuantas providencias juzgase necesarias para la conservacion de la independenciam, del sistema federal que regia el país y de la tranquilidad pública, sin otra restriccion que la de no poder disponer de la vida de los mejicanos, ni lanzarlos de la república. (1) En virtud de estas facultades extraordinarias que se le concedieron, levantó inmediatamente el destierro á los generales Barragan y D. Nicolás Bravo, así como á todos los que habian salido expulsos por el plan de Montañó, restituyéndoles sus empleos, despojó á Echávarri y Negrete de sus grados militares, que, aunque desterrados, los conservaban para el goce de sus sueldos, y para cubrir el Estado de Veracruz y atender á la defensa de la ciudad del mis-

(1) Decreto de 25 de Agosto de 1829.

mo nombre, pues se temia que se presentase por aquel puerto una expedicion mas formidable, situó en Jalapa un cuerpo de reserva bajo el mando del general y vicepresidente de la república D. Anastasio Bustamante.

Pronto llegó á tocar el brigadier D. Isidro Barradas el duro desengaño de las lisonjeras esperanzas que le habian halagado al enviar sus proclamas por los pueblos, al llegar á las playas mejicanas. En vez de huestes amigas que se acercasen á engrosar sus filas, vió por todas partes numerosos batallones que se dirigian á combatirle. No habia transcurrido una semana desde su llegada á Tampico, cuando tuvo aviso de que las tropas regulares que cubrian el Estado de Tamaulipas, entre las cuales se contaba el batallan de *Pueblo-Viejo*, así como las milicias, bajaban por los Corchos, para provocarle á un combate. Los principales jefes que iban á la cabeza de estas tropas eran D. Juan Cortina, y el coronel D. Andrés Ruiz Esparza. En el momento que Barradas recibió aviso de este movimiento, dispuso el 9 de Agosto, la salida de cuatro compañías del primer batallon, cuatro del segundo y dos del tercero, á las órdenes del comandante D. Juan Falomir, cuya fuerza salió con direccion á los Corchos, por el rumbo conocido con el nombre de *camino viejo de Victoria*. Tomadas las posiciones de un pequeño barranco que se halla á las inmediaciones de dos lomas que separan ambos caminos, y defendida la avenida de otro que marcha en direccion al rio, se presentó un campesino de las inmediaciones, anunciando la aproximacion de *mucha gente armada*, término suyo. Aprovechando el comandante

1829. D. Juan Falomir el oportuno aviso, hizo des-

plegar en guerrilla, como á las seis de tarde, la segunda compañía del primer batallon, mandando una descubierta que observase á sus contrarios, para impedir, en todo caso, una sorpresa de noche. La órden fué ejecutado en el instante mismo, y á la caída del sol, la avanzada española vió á las tropas mejicanas trasponer un collado y prepararse á pernoctar en aquel sitio. La noche la pasaron los españoles á la espera, y con bastante precaucion, durmiendo por mitad toda la fuerza. Con el alba del siguiente dia, se vieron distintamente los mejicanos, sobre los cuales hizo fuego la avanzada, al que contestaron ellos inmediatamente. Entre tanto, se hizo el despliegue por la guerrilla de la segunda compañía, y antes de un cuarto de hora se habia generalizado el fuego. En esta situacion, el comandante Falomir ordenó que las compañías restantes, formadas por mitades en columna, avanzasen al paso de carga, mientras las guerrillas de la segunda compañía, flanqueaban á los contrarios. Los mejicanos, al conocer la crítica posicion en que se encontraban por aquellas acertadas maniobras del jefe enemigo, trataron de hacer un esfuerzo para contener á sus contrarios, manteniendo un fuego sostenido y combatiendo con valor. Claras pruebas dieron de este en aquel encuentro; pero por heroico que fuese el ardor con que combatian, componiéndose su mayor fuerza de milicias poco instruidas en el arte de la guerra, era preciso que se vieran obligados á ceder á la táctica, instruccion y pericia de tropas verdaderamente disciplinadas. Con efecto, así sucedió; despues de haber resistido valientemente, viendo continuar á los españoles en su proyecto de flanquearlos por un lado mien-

tras la columna de ataque marchaba de frente, empezaron á desordenarse, hasta que, por último, considerándose inferiores en instruccion militar, y mirando descubiertos sus flancos, y el centro sobre ellos, se pronunciaron en completa retirada, dejando sobre el campo 97 muertos, 132 heridos, 180 prisioneros, muchísimas armas, mantas, cajas de guerra y algunas provisiones. Los españoles tambien sufrieron algunas pérdidas. Recogidos los despojos ganados en este encuentro, el comandante D. Juan Falomir emprendió su vuelta hácia Tampico, donde Barradas puso en libertad á los prisioneros mejicanos, conducta ciertamente noble que revelaba sus generosos sentimientos.

Entre tanto el general mejicano D. Antonio Lopez de Santa-Anna que habia desembarcado con su gente en la barra de Tecolutla, dispuso su marcha hácia Las Piedras, donde se situó para operar sobre las fuerzas expedicionarias de Tampico. El gobierno, en premio de la actividad que habia desplegado para marchar de Veracruz al teatro de la guerra, le nombró general en jefe del ejército de operaciones, cuyo nombramiento recibió el dia 11 de Agosto. (1) Toda la gente que componia el ejército mejicano pertenecia á aquellas costas mortíferas, y por lo

(1) Algunos escritores han creido que quien estuvo encargado del mando antes que Santa-Anna fué D. Manuel Mier y Terán, y que habiéndose presentado aquel en el teatro de la guerra despues de Terán, logró ser nombrado general en jefe. En esto han sufrido esos escritores un error, pues Santa-Anna se hallaba ya en Tuxpan el dia 11 de Agosto en que recibió el nombramiento, y Terán no llegó al teatro de los sucesos hasta el 15, como veremos despues.

mismo, ninguna influencia perjudicial ejercia sobre su salud el clima abrasador en que estaban. En cambio, los españoles, acostumbrados á temperatura mas fria, caian enfermos en considerable número, y cada dia se aumentaba la suma de bajas de su corto ejército.

Mientras el brigadier Barradas veia disminuir visiblemente la cifra de sus soldados, las fuerzas mejicanas habian ido en considerable aumento, presentándose en el teatro de la guerra numerosos batallones de tropas milicianas y de algunos de línea que ocupaban todos los puntos próximos á Tampico. El general D. Manuel Mier y Terán á quien, como tengo referido, habia enviado aviso del desembarco de los españoles el general D. Felipe de la Garza, invitándole á que tomase parte en la lucha contra los invasores, se presentó en Altamira el dia 15 de Agosto, lleno de ardiente afan por combatir en defensa de la patria. La llegada de Terán al campamento mejicano, fué de suma importancia para las armas de la república. Hombre de ciencia, de saber, de talento y de capacidad, dotado de relevantes prendas militares, profundo matemático y sabio ingeniero, reuniendo á una prudencia justa un valor á toda prueba, sus conocimientos tenian que ser sumamente útiles en aquella campaña. El jefe D. Felipe de la Garza quiso entregarle el mando de su division, por ser general activo; pero Terán rehusó admitirlo obstinadamente, y para manifestar que no le llevaba otro deseo que el patriótico de luchar por la honra nacional, se puso á sus órdenes, como si fuese su subalterno. Acto continuo se puso D. Manuel Mier y Terán á dictar las mas acertadas disposiciones para fortificar algunos puntos de la ma-

yor importancia, y se ocupó de cuanto pudiera conducir al logro del triunfo sobre los contrarios. Entre tanto, el general D. Felipe de la Garza, con una division respetable, se dirigió hácia Pueblo Viejo, tratando de reducir á la expedicion española á un estrecho círculo, para lo cual habia situado ya diversas fuerzas en distintos puntos. El brigadier D. Isidro Barradas al saber el movimiento emprendido por la Garza, y despues de oír el parecer del entendido jefe de estado mayor D. Fulgencio Salas, salió de Tampico, con una columna de dos mil hombres, al encuentro del general mejicano que, aunque llevaba una fuerza de cinco mil hombres, se componia una gran parte de ella de milicias que, aunque de gente valiente, no podia tener la disciplina y la instruccion militar de las tropas de línea. Cerca aun del punto de salida y el sitio llamado *El Bejuco ó Bejucal*, ordenó Barradas que su fuerza se dividiese en dos secciones, una por la extrema derecha en direccion al rio Pánuco, y la otra por el sitio de las lomas, marchando por el centro una compañía de cazadores, extendida en órden de guerrilla. Colocada de esta manera la fuerza expedicionaria, rompió al inmediato dia el fuego la expresada guerrilla, cuyos extremos se hallaban fuera del alcance de vista de las dos secciones. Esto hizo creer al general D. Felipe de la Garza, que la fuerza española no era mas que la que habia entrado en accion, y sus tropas se lanzaron á paso de carga, pero sin órden militar, pues como he dicho, eran milicias en su mayor parte. La guerrilla, por movimiento estratégico, se replegó, haciendo fuego en retirada, hasta que, bien calculado el tiempo, dió lugar á que la seccion de la izquier-

da les presentase la batalla, mientras la de la derecha se corrió ocupándoles su retaguardia, cuya operacion se verificó en la calle Real de Pueblo Viejo. Viéndose las fuerzas de Garza atacadas por tres puntos diferentes á la voz **1829.** de *¡viva el rey!* se hallaron sin poder moverse, en medio de la expresada calle Real, entre los dos batallones expedicionarios que por uno y otro lado les impedian el paso. Inútil hubiera sido todo esfuerzo para resistir en aquellas circunstancias en que se veian cogidos entre dos fuegos. El general D. Felipe de la Garza que se hallaba á la cabeza de sus soldados, deponiendo su actitud hostil, pidió hablar con el brigadier Barradas, dándose lo mismo que su tropa, por prisioneros de guerra. El jefe español le recibió con agrado, y en la conferencia que tuvieron, al declararse Garza prisionero, Barradas le contestó que podia irse libre, bajo palabra de honor de no volver á hostilizarle, puesto que no podria hacerlo si le tenia prisionero. Garza, que quedaba así en disposicion de poder luchar en defensa de la patria si, como se creia, desembarcaban mas fuerzas españolas en otro punto, pues solo se le habia pedido que no hostilizase á las ya desembarcadas, ofreció lo que se le pedia, y procuró antes de separarse del jefe español, persuadir á éste á que desistiese de la empresa que habia acometido, diciéndole que el país estaba en muy distinto sentido del que le habian hecho creer á la corte de España; que le aconsejaba en nombre de la humanidad que reembarcase su tropa, para evitarla penalidades infructuosas, pues si permanecia mucho tiempo en aquel mortifero clima, sin balas y solo con las enfermedades se quedaria sin un solo

hombre de su valiente division. Barradas le escuchó con afabilidad, y Garza se alejó formando un juicio altamente favorable de los nobles sentimientos del jefe español. Este, obrando con la generosidad con que se habia conducido anteriormente y continuó portándose hasta el último instante, dejó tambien en libertad á todos los prisioneros hechos en aquella accion, permitiéndoles que fuesen á donde gustasen. (1)

1829. Poco tiempo despues de haber regresado Barradas con su columna á Tampico, ocupó el general mejicano D. Antonio Lopez de Santa-Anna, como punto importante para las operaciones militares, Pueblo-Viejo, donde situó el cuartel general, dejando situadas en los puntos convenientes, fuertes secciones que opusiesen resistencia al enemigo por cualquiera parte que se dirigiera.

A la accion en que, como queda referido, fué hecho prisionero el general D. Felipe de la Garza, se siguió la del punto llamado *El Chocolate*, dada por el jefe del estado mayor D. Fulgencio Salas con novecientos ochenta soldados expe-

(1) El escritor mejicano D. Juan Suarez Navarro, aunque no habla de esta accion ni de otras que se dieron en esta campaña, sí llega á indicarla, diciendo que «Garza en un encuentro con ellos» (con los españoles) «cayó prisionero, entró en pláticas con el enemigo, y volvió á su campamento como si nada hubiera ocurrido.» No teniendo sin duda el expresado escritor Sr. Navarro, noticia de lo que aconteció en la conversacion que Garza tuvo con Barradas, dice: «El comportamiento del general Garza está envuelto bajo el velo de mil conjeturas desfavorables.» El lector que está instruido de lo que pasó, podrá juzgar con mas imparcialidad de la conducta observada por el general, al ser hecho prisionero.



VISTA DE TAMPICO (Tomada desde el Lago).

dicionarios, al brigadier mejicano Rojas, que tenia una division de dos mil hombres, incluidos doscientos soldados de caballería del 9.º de línea. Aunque las tropas de Rojas se batieron con el notable valor que siempre mostraron los mejicanos, la inferioridad de la disciplina en los cuerpos milicianos de que se componia la mayor parte de su gente, tuvo que ceder el campo á la pericia del jefe contrario, y se retiraron al rancho llamado *El Chocoy*, dejando sobre el campo ochenta y dos muertos, veintidos heridos y ciento treinta y tres prisioneros que, como de costumbre, fueron puestos en libertad por Barradas.

1829. Con intermedio de muy pocos dias, esto es, el 13 de Agosto se verificó otro reñido encuentro en el punto llamado *Doña Cecilia*, antes de que éste hubiese sido fortificado por Terán. El jefe de las fuerzas expedicionarias, que ascendian á mil doscientos hombres, era el coronel D. Luis Vazquez. Los mejicanos resistieron el ataque con notable denuedo; pero al fin, cedieron el campo á la ventaja de la disciplina de sus contrarios, dejando sobre el campo 29 muertos, 340 prisioneros que fueron puestos en libertad, muchas armas, algunos bagajes y 57 heridos, muchos de gravedad, entre ellos tres oficiales. Tambien los españoles tuvieron sensibles pérdidas; entre ellas la del teniente de la cuarta compañía, D. Alejandro Cajigal, jóven valiente que murió por su temerario arrojo; la del subteniente D. Manuel Blanco y cadete D. Rufino Robles, que salieron heridos; la del soldado distinguido D. Juan Sol, y, por último, la de los sargentos segundos Tartajada y Ramos, aunque no de gravedad.

Pero las ventajas alcanzadas en las acciones referidas